

SON TRES SONETOS

(Atención del autor, en el N° 1.000 del Rep. Amer).

EL VIEJO ALCATRAZ

A Don Joaquín García Monge,
Benemérito de las Letras Americanas

Parado en un peñón de la ensenada
que tiembla con el fragor de la ola,
el oscuro plumaje tornasola
un reflejo del agua en marejada.

El fino sino de su vida alada
el alcatraz con su vejez desola,
en tanto que la tarde descorola
la blanca espuma en la arena dorada.

Clamor audaz de las sonoras aguas
otrora al alcatraz lo enardecían,
impulsándolo al vuelo entre las fraguas

de las nubes que en el Poniente ardían.
¡No bogarás, velero, entre piraguás!
Viejo alcatraz: de naufragar habías...

LA EDAD MEDIA

Al poeta Max Jiménez
en el Rep. Americano

¡Edad de santos y de catedrales!
San Agustín te preparó el camino
que Alberto Magno descubrió en Aquino
y deslumbró Tomás con sus fanales.

Apacentó Francisco los chacales
y Domingo modeló en oro fino
la figura de Jesús el Divino
que iluminó tu gloria en los anales.

Tu inmensidad se pierde en los confines
de los siglos que tu piedad renombra.
Con tus arcángeles y serafines

del mal se disipó la negra sombra.
¡Edad que splende en canto de clarines
ante mi fe, que tu vigor asombra!

CANTO AL MAESTRO GARCIA MONGE

(Atención del autor, en el N° 1.000 del Rep. Amer).

Joaquín García Monge:
Con tu timón de estrellas,
y tu proa de corazón de América,
los mares infinitos
más allá del espejo de todo lo geométrico,
han mirado tu imagen conversando
con sus profundidades llenas de voces.

Con tu acero templado en fuego de trapiches
y en el agua fresquísima, con sabor de montaña,
que trajeron alegres campesinas en sus tinajas,
tierras de campos
que a veces fueron pedregosos y estériles,
te contemplaron, incansable, arando,
para que América sembrara sus corazones,
para que América sembrara sus cerebros.

Y tus semillas,
plenas del germen de la vida profunda,
con las que han comulgado
almas que no se hallaban a sí mismas,
en tu bolso bendito jamás se han agotado.

Y tus arterias,
camino enmarañado que transita
con pasos rojos
la esencia indescifrable de tu espíritu,
hás abierto en los surcos
para que así tu sangre misma
los fecundara.

Joaquín García Monge.
Maestro:
Yo le canto a tus manos
porque empuñaron el timón,
por abrir tus arterias,
porque ofrendaron las semillas,
y en un gesto sencillo de sembrador de ideales
el arado empuñaron para rasgar la tierra
de nuestra madre América

Mario Hernández U.

San José, Costa Rica, setiembre 7 del 44.

Semblanza de un hombre

(Atención del autor, en el N° 1.000 del Rep. Amer).

A don Joaquín García Monge, al cumplir 25
años de labor y de lucha su glorioso Repertorio Americano.

en lucha contra tanto presidencial tirano,
con su lanza incansable, su rocinante presto.
Isla sobre este océano de fría indiferencia:
puerto de salvación.

Ciudadano de nuestra América irredenta,
la que soporta el látigo de turbios generales
casi desde el arribo de Cristóbal Colón.

Pedro Andino

Alajuela y Agosto de 1944.

García Monge, árbol de sazonados frutos
en este yermo estéril;
en esta dura pampa roble verde de abril;
alero hospitalario para las golondrinas
bajo un cielo de plomo que no sabe de añil.
Con los brazos abiertos como una puerta amiga;
con la sonrisa abierta,
acogedora y mansa como inmensa bahía,
mar abierto a todo quijotesco velero
con su faro que orienta en la azul lejanía.
Sembrador incansable, sembrador de la pampa
infinita y amarga.

¡Arador del océano, constructor en el viento?
Nuevas velas ya surgen en el mar optimista
y nuevos astros bañan de luz el firmamento.
Valeroso soldado heroico en la batalla
silencioso y modesto:
entusiasta soldado de la verdad desnuda

WAGNER

Los orquestales cantos de un coloso
en Wagner anuncian la armonía;
la noche en juego con la luz del día
y el címbalo de un tifón estruendoso.

El fuego del Infierno sin reposo
en cambio alterno con la noche fría;
unas veces romántico a porfía
y cerebral en su poder grandioso.

Todo lo tuvo Wagner en su mano:
la fuerza adusta y la pasión ligera;
la voz del trueno con acento humano.

Y en la triunfal sonoridad de esfera
de su arte multiforme y soberano,
su genio se alojó como una fiera.

Moisés Vincenzi

Costa Rica, 1944.

JOAQUIN GARCIA MONGE

(El Maestro)

(Atención del autor. San José, novbre. 1945)

Don Joaquín García Monge es como bien se explica,
un gran costarricense y un maestro en realidad;
a don Joaquín García le debe Costa Rica
conquistas irdudables de sólida verdad.

A esta cabeza clásica sin miedo se le aplica,
que ha dado en sus recursos de gran fecundidad,
montones de enseñanzas para la gente chica
y mármoles y bronce para la Libertad...

Don Joaquín monta el potro de las revueltas crines
—el Repertorio—, el potro recorre los confines
y de este bloque helénico que se ha formado así

levanta el brazo fuerte de Alonso de Quijano
delante de los ojos del mundo americano,
la pluma de Sarmiento y el verbo de Martí.

F. Angel Salas C.

MISION PROFETICA

(De El Noticiario, San José de Costa Rica).

Alejuela, agosto de 1944.

Para el Maestro García Monge

Misión profética es la que corresponde realizar a todo gran maestro: tiene que avivar en sus discípulos la chispa divina del conocimiento y hacer que sus conciencias se afirmen en la ejecución del Bien, de la Justicia y de la Libertad.

Muchas veces la voz del maestro se alzaría en la subconciencia de los alumnos, como un faro luminoso, para apartar las barquillas zozobrantas de las ideas negativas, de los arrecifes y acantilados del propio espíritu: Voz de Sócrates o de Virgilio para Platón o el Dante.

Al final de sus días el maestro será como uno de esos vasos sagrados que los oficiantes colocan en los santuarios: su misión profética se ha realizado y su destino quedará ligado a un porvenir que sus ojos no verán.

Maestro García Monge, Maestro de América: en esta hora de reconocimiento público sus múltiples discípulos proclamamos la grandeza de una vida que no necesita del mármol para perpetuarse en los campos luminosos del Ideal.

Invocamos en estos momentos las figuras gloriosas del Libertador, de Martí y Sarmiento, sombras inmortales con quienes usted ha convivido en singular y eterno diálogo.

José Joaquín Salas Pérez

Julio, 1944